

ca frente a los obstáculos que representaba una «piedra» mal entendida y los intereses de la ignorancia y la superstición apoyados por la política. Su influjo fue decisivo en la actividad de Burriel y Flórez. Y, finalmente, constituye el puente necesario para la comprensión de esa «historia civil» cuyos representantes ocuparon las últimas décadas del siglo» (págs. 21-22). Es, en efecto y en primer lugar, obsesión por el *método crítico* lo que rezuman los escritores históricos de Mayans, que llegó a proclamar orgullosamente haber sido «el primero que abrió en España escuela de crítica» (t.II, pág. 163).

De los textos mayansianos recogidos en este primer volumen —cada uno de los cuales, al igual que los del segundo, va precedido de unas líneas de presentación de Antonio Mestre—, no son precisamente los más importantes los derivados de la propia actividad de Mayans como historiador; aun así, resulta sumamente revelador comprobar la evolución de método y de planteamiento que media entre los dos escritos que abren el tomo —las juveniles *Vida de San Gil Abad* (1724) y *Vida de San Ildefonso* (1727)— y los dos que lo cierran: la *Disertación de la lengua española* (1757) y la *Defensa del Rei Witiza* (1759), aunque no publicada hasta 1772. Pero fue mucho más significativa la labor de D. Gregorio como editor de obras manuscritas inéditas de los dos grandes críticos de fines del XVII citados arriba: Nicolás Antonio y el marqués de Mondéjar. Del primero publicó Mayans las *Cartas de Don Nicolás Antonio i de Don Antonio de Solís* (1733) y la *Censura de historias fabulosas* (1742), que tantos sinsabores le trajo; de Mondéjar, las *Obras cronológicas* y las *Advertencias a la Historia del P. Mariana*, ambas en 1744. Naturalmente, lo que Mestre edita aquí de todas estas obras son los preliminares, entre los que se encuentran algunos de los más sustantivos escritos mayansianos (tal la *Vida de Nicolás Antonio* o la *Prefación* a las *Obras* de Mondéjar). En el mismo grupo puede incluirse la *Vida de Antonio Agustín* (1734), así como la *más implacable denuncia de los falsos cronicones escrita por Mayans*, la *Censura a la España primitiva* de Huerta y Vega, que por primera vez se publica de acuerdo con los dos manuscritos conservados.

Pero en mi opinión los dos textos más sugestivos del primer volumen, por lo que tienen de manifiesto programático y metodológico, son los *Pensamientos literarios* dirigidos a Patiño en 1734 y las *Constituciones de la Academia Valenciana* (1742). Ambos marcan las dos crestas más elevadas de la trayectoria de Mayans como ilustrado *en acción*, trayectoria que tantas inflexiones hubo de experimentar a causa del desaliento; corresponden, en efecto, ambos escritos, a dos momentos de esperanza y de cierta euforia, el primero cuando el flamante bibliotecario real aún confía en encontrar poderosos apoyos oficiales para el proyecto de reforma intelectual que ha concebido y que expone a Patiño, el segundo cuando, tras su fracaso en la corte, impulsa la fundación de la Academia Valenciana. Tan sólo nueve años de vida llegaría a alcanzar esta entidad, huérfana de toda protección real y en medio de grandes dificultades, por lo que solo una mínima parte del programa que entusiastamente trazan sus *Constituciones* pudo llevarse a término. El lector no puede por menos que preguntarse qué hubiera ocurrido si las cosas le hubieran salido a Mayans como anhelaba —y no puede negarse que su carácter difícil y su sinceridad a ultranza *también* conspiraron al fracaso—, como tampoco puede dejar de comprender, al leer textos, la amargura con que debió asistir a la frustración de tantas esperanzas.

Por lo que se refiere al segundo volumen, y dejando aparte varios escritos menores (fundamentalmente piezas oratorias de tema religioso), se contienen en él algunas de las más importantes y conocidas obras mayansianas: de los *Orígenes de la lengua española* (1737), reeditados ya alguna otra vez —incluso facsimilarmente—, poco podríamos decir en esta reseña que no fuera insistir en el destacado lugar que ocupan dentro de la sistematización y replanteamiento de los saberes filosóficos del XVIII, y remitir a la valoración y apretada síntesis que de esta obra hace Jaime Siles en el prólogo del tomo («Los orígenes de la lengua española *de y en* Gregorio Mayans»). La *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra* (1737) también es obra relativamente conocida —había sido ya editada y anotada por el propio Mestre— por su condición de primera biografía del autor del *Quijote*. Pero dejando a un lado ese valor que tal escrito tiene para los cervantistas, pongámosla junto al hecho de haber sido Mayans el primer editor del *Diálogo de la lengua* de Juan de Valdés (precisamente en los *Orígenes*) y de haber escrito también la mucho menos conocida *Vida del maestro fray Luis de León* (1761), que asimismo se incluye en el volumen que reseñamos, y empezaremos a comprender el decisivo papel que desempeñó nuestro erudito en la orientación del gusto literario hacia los grandes autores del Quinientos español.

En la misma línea se inscriben dos obra de juventud, la *Oración en alabanza de las eloqüentísimas obras de Don Diego Saavedra Fajardo* (1725) y la *Oración que exhorta a seguir la verdadera idea de la eloqüencia española* (1727). De la edición que de ambos textos nos ofrece Antonio Mestre quiero subrayar la utilidad e interés de haber consignado a pie de página las variantes que ofrecen las distintas versiones que fue puliendo Mayans al reeditar varias veces ambas *Oraciones*. Gracias a esas variantes podemos comprobar, por ejemplo, su creciente admiración por la obra de fray Luis (veánse págs. 574-5) o, paralelamente, el progresivo desapego hacia un autor tan alejado de él —y no en el tiempo— como D. Gabriel Álvarez de Toledo (véase en págs. 558-9 cómo un caluroso elogio de dicho autor en la primera edición de la *Oración* sobre Saavedra se atenúa notablemente en las de 1735 y 1739).

Son también de gran interés otros dos raros escritos mayansianos que se rescatan del olvido en el presente volumen: la *Conversación sobre el Diario de los Literatos de España* (1737), publicada con el seudónimo de Plácido Veranio y escrita para replicar a los ataques que los diaristas habían dirigido contra los *Orígenes*<sup>2</sup>, y la *Acción de gracias a la Divina Sabiduría* (1743), discurso pronunciado por Mayans en la primera sesión solemne de la Academia Valenciana. Anotemos que el primero de ellos puede apreciarse ya la sensación de aislamiento y retiro —como condena, y como tentación también— que iba apoderándose del ánimo del autor por aquellas fechas: «Cuenta tendrá a los diaristas, o hablar de mis escritos según ellos merecen, o no hablar palabra de ellos, que será lo mejor, puesto que yo no necessito de tales pregoneros; porque aunque después de aver publicado más de treinta obras, soi leído de pocos en España, no echo menos los aplausos del vulgo, que son los únicos que tales escritores me pueden gran-

---

<sup>2</sup> Véase a este respecto el trabajo de J. M. RUIZ VEINTEMILLA «La polémica entre Don Gregorio Mayans y el *Diario de los Literatos de España*», *Revista de Literatura* XLI n.º 82 (1979), págs. 69-130.

gear. Degen que yo descansa en paz en el sepulcro de mi olvido, tan glorioso para mí como infame para algunos» (pág. 482).

Sin embargo, para mí el gran descubrimiento de estos dos tomos iniciales de las obras mayansianas ha sido la lectura de *El orador christiano, ideado en tres diálogos* (1733). Veinticinco años antes que el P. Isla en el *Fray Gerundio*, lleva ahí a cabo Gregorio Mayans una crítica sistemática, y en realidad más rigurosa que la del jesuita —precisamente porque sigue distinto procedimiento<sup>3</sup>— de los excesos de la oratoria sagrada barroca, y lo hace retomando con brillantez un molde genérico de tanto abo-lengo humanista como es el diálogo. *El orador christiano* no solo es, a mi juicio, obra esencial para conocer las personales ideas de Mayans acerca del estilo y la retórica: está reclamando, además, por parte de los historiadores de la literatura, una atención que hasta hoy escasamente le han prestado, y de la que habrá de derivarse el reconocimiento del importante lugar que ocupa dentro de la evolución estético-literaria del siglo XVIII español.

Sólo me resta señalar un último acierto, de orden material, en los dos volúmenes que he comentado: la reproducción en limpios facsímiles de las portadas de todas las obras que se editan. Y, naturalmente, expresar mi ferviente deseo de que esta edición de las obras completas castellanas de D. Gregorio Mayans llegue pronta y felizmente a término.

PEDRO ÁLVAREZ DE MIRANDA

---

<sup>3</sup> «De suerte que, al passo que el lector vaya leyendo estas reglas, vaya mejorando su juicio con un género de observaciones que le hagan no tanto preceptista como prudente; lo qual he intentado facilitar, procurando que la misma conexión que tienen entre sí los preceptos de la oratoria se manifieste en las reglas de la prudencia natural, de la qual tuvo origen el decir bien. Por esso siempre señalo lo bueno que se ha de seguir, i los vicios de decir que se deven huir. Aunque en esto último he tirado a hablar sin reprehender a otros en particular, para que la nota de algunos predicadores no hiciesse digna de reprehensión mi censura. Conténtome con aver indicado levemente que pudiera hacerla de los oradores de España con mucha más razón que Cicerón de los oradores de Roma; porque aquellos solo dañavan a la parte que defendían, i muchos de estos perjudican a la causa de Dios. Sin embargo, no quiero que una censura, aunque justa, haga odiosa tan buena causa. No estamos todavía en el caso de habar tan claro» (pág. 23).

## Bibliografía de artes visuales

1.— *El mundo mítico y mágico de Picasso*, (Planeta, Barcelona, 1984) y *La miel es más dulce que la sangre*, (Seix Barral, Barcelona, 1984).

El primero de dichos libros tiene por autor a Carlos Rojas, polifacético escritor que ha tocado temas muy diversos con gallardía y amenidad. El segundo, dedicado a Dalí, es obra de Rafael Santos Torroella, profesional de la Historia y la Crítica del Arte y poeta de cristalina pureza en lengua castellana. Ambos autores coinciden en sus libros en un hecho fundamental: hacer psicoanálisis y concederle especial atención en el enfoque de la obra a lo que ésta tiene de documento para investigar las frustraciones infantiles de los dos más conocidos artistas españoles del siglo XX.

Rojas espiga sus materiales en la totalidad de la obra de Picasso y en cuanto se sabe sobre su vida íntima. Santos Torroella se limita a dos de las más conocidas etapas surrealistas de Dalí: la lorquiana, que cabe situar entre 1926 y 1929, y la freudiana, que ocupa hasta 1939 todo un decenio de aparentes contradicciones autopsicoanalíticas. ¿Pero puede ser satisfactorio el autoanálisis, incluso cuando lo hace un artista tan sensible y tan inteligente como Dalí?

Santos Torroella alude muy a menudo a una etapa anterior durante la que Ana María, la hermana de Dalí, fue su modelo más habitual. Duró tan solo dos años, desde 1924 a 1926, y aunque no fuese todavía surrealista, era tan autoanalítica como la lorquiana y la freudiana, pero no todavía surrealista a la manera ortodoxa, sino de otra más sutil y críptica. En el caso de Picasso —o al menos en el libro de Rojas— el problema de acudir al autoanálisis del propio pintor no se presenta, cosa comprensible ya que los símbolos del malagueño parecen aflorar desde lo más profundo de varios inconscientes —el colectivo, el de su etnia ibérica, el suyo individual—, sin que el pintor los haya reelaborado luego racionalmente como camino de autoconocimiento.

Breton decía de Picasso (quien jamás quiso declararse surrealista) que era el más grande de todos los surrealistas, el más arquetípico y representativo. Se trata de una más entre las muchas paradojas del surrealismo, pero no debe extrañarnos, porque un ser humano puede estar convencido de que es algo que no es y viceversa. Si el pintor surrealista es —como definió Breton—, el que copia al pie de la letra su modelo interior, no cabe duda de que Picasso lo fue en gran medida. Lo fue, si se quiere, sin habérselo propuesto, en tanto Dalí lo fue con plena conciencia de ello y utilizó además el surrealismo como camino de superación.

De los libros de Rojas y Santos Torroella se deduce con la coherencia de una prueba matemática que tanto Picasso como Dalí tenían un complejo de Edipo que no llegaron jamás a resolver, pero que era atípico en ambos casos. La actitud ambivalente ante el padre y la madre está bien documentada en los escritos del propio Dalí, pero no de manera clara en los de Picasso. Eso hace que Santos Torroella pueda atenerse mucho más al documento pintado o escrito y que Rojas tenga que esforzarse por desentrañar